



## HABLANDO CON JESÚS

Quiero acercarme a tu presencia, Jesús, con mi pecado y mi debilidad. Quiero sentirme acogida por ti, que me esperas, me llamas, me acoges tal y como soy. No tengo necesidad de disimular contigo, no tengo que pensar en tapar mis defectos: Tú me sondeas y me conoces, Tú conoces y aceptas mis límites mejor que lo hago yo conmigo misma. Tú me amas y me lo haces saber a través de todo el amor que recibo cada momento. Por eso, al acercarme a ti, quiero acoger ese amor que me entregas y me regalas, y quiero hacerme presente a ti y a mí misma en este ratito que vamos a estar juntos.

### ♪ CANTO: Brotes de Olivo, CD: “¿Cómo te podré pagar?”

En mi debilidad, me haces fuerte, (bis)  
solo en tu amor, me haces fuerte,  
solo en tu vida me haces fuerte,  
en mi debilidad, te haces fuerte en mí.



### LECTURA: Parábola del buen samaritano (Lc 10, 25-37)

En esto se presentó un experto en la ley y, para poner a prueba a Jesús, le hizo esta pregunta:

—Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?

Jesús replicó:

—¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo la interpretas tú?

Como respuesta el hombre citó:

—“Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser, con todas tus fuerzas y con toda tu mente”, y: “Ama a tu prójimo como a ti mismo.”

—Bien contestado —le dijo Jesús—. Haz eso y vivirás.

Pero él quería justificarse, así que le preguntó a Jesús:

—¿Y quién es mi prójimo?

Jesús respondió:

—Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de unos ladrones. Le quitaron la ropa, lo golpearon y se fueron, dejándolo medio muerto. Resulta que viajaba por el mismo camino un sacerdote quien, al verlo, se desvió y siguió de largo. Así también llegó a aquel lugar un levita, y al verlo, se desvió y siguió de largo. Pero un samaritano que iba de viaje llegó adonde estaba el hombre y, viéndolo, se compadeció de él. Se acercó, le curó las heridas con vino y aceite, y se las vendó. Luego lo montó sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un alojamiento y lo cuidó. Al día siguiente, sacó

dos monedas de plata y se las dio al dueño del alojamiento. “Cuídemelo —le dijo—, y lo que gaste usted de más, se lo pagaré cuando yo vuelva.” ¿Cuál de estos tres piensas que demostró ser el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?

—El que se compadeció de él —contestó el experto en la ley.

—Anda entonces y haz tú lo mismo —concluyó Jesús.



### HABLANDO CON JESÚS

Hoy, escuchando de tus labios esta parábola, caigo en la cuenta de que me estás indicando un modo nuevo de contemplarla: Se trata de que los personajes que Tú quisiste elegir para tu historia no me son del todo indiferentes, son personas que, como yo, son religiosas, buscan en sus vidas tener momentos de encuentro contigo o, al menos, superficialmente eso parece. Son personas que podríamos incluir en el grupo de “tus amigos”, de “tus seguidores”. Esto me cuestiona mucho: yo quiero ser del grupo de tus amigos, pero, ¿estaré también en ese modo de obrar que tú describes? Ante el sufrimiento de mis hermanos y hermanas, ante las víctimas de nuestro sistema económico deshumanizante, ante los que se desangran en la vida... ¿cuál es mi actitud? ¿Me evado de la realidad y me desentiendo de todos ellos sin enterarme? ¿Doy un rodeo, como si no fuera conmigo y me justifico porque pienso que no puedo hacer nada? ...

Me doy cuenta, Jesús, de que soy bastante insensible al sufrimiento de tantos hermanos y hermanas míos, que, con mis actitudes a la defensiva, en realidad, estoy “dando un rodeo y pasando de largo” y que Tú hoy me estás cuestionando si no debería **hacerme prójimo** y practicar la misericordia con el hermano que sufre, si no debería detenerme y acercarme, escuchar a mis hermanos en sus penas, dejar que se me conmuevan las entrañas, que me afecte el dolor de la persona que se acerca a mí necesitada.

Hoy quiero pedirte que me ayudes a mirar la figura que me pones de ejemplo en esta parábola: no es el modelo de persona religiosa, era considerada incluso hereje porque no iba al templo ni estaba dentro de la ley... Este hombre se hace **más prójimo** al herido que cualquiera de los que supuestamente han entregado su vida a la religión, a servirte. Que yo sepa acogerte en mis hermanos que sufren, que yo sepa **hacerme prójimo** con sencillez, sin grandes ceremonias o gestos como hacen tantos hermanos y hermanas nuestros, buenos vecinos que, quizás no vayan a la parroquia, o sean de nuestra religión, pero, para quienes el prójimo es cualquier hombre o mujer que se ha quedado al margen del camino, molido a palos por la vida, la injusticia, la soledad, la enfermedad... al que ayudan a levantarse y a sanar.

*(En este momento, me quedo en silencio, pasando por mi mente y mis entrañas situaciones de mi vida en las que no he sido prójimo para mis hermanos y en las que sí*

*lo he podido ser. Traigo nombres o personas a la presencia de Jesús y le pido que vaya cambiando mi corazón)*

♪ **CANTO: ES MI HERMANO (Ain Karem CD. Fuego en las entrañas, 7)**

- Quien está pidiendo pan, ese es mi hermano;  
quien suplica libertad es mi hermana;  
quien huye en patera del hambre y la muerte, es mi madre.  
Mi familia es quien escucha a mi Padre  
y ama como yo os he amado.  
Mi familia es quien escucha a mi Padre  
y ama, de corazón, a sus hermanos.
- Quien sufre rechazo, ese es mi hermano;  
quien vende su cuerpo, es mi hermana;  
quien es torturado por seguir mis pasos, es mi madre.
- Quien duerme en un banco, ese es mi hermano;  
quien habla otro idioma, es mi hermana;  
quien no sabe ni quién es por la enfermedad, es mi madre



**ORACIÓN FINAL**

*(Termino mi oración recitando el siguiente salmo, pronunciando cada palabra acompañada de imágenes que cada día vemos en las noticias, que cada día vemos en las calles, en nuestros barrios, en nuestro entorno...Rezamos por esos hermanos y hermanas nuestros de quienes queremos **hacernos prójimos**)*

No voy a decirte su nombre porque Tú, Señor,  
lo llevas escrito en la palma de tu mano.  
No voy a hablarte de sus angustias. porque Tú, Señor,  
escuchas al afligido que no tiene protector.  
No voy a contarte su vida  
porque Tú sabes hasta el número de cabellos que tiene en su cabeza.  
No voy a explicarte el acoso policial al que se ve sometido  
porque Tú sabes bien lo que es sentirse perseguido.  
No voy a narrarte su tristeza porque Tú, Señor, te sentiste morir de angustia.  
No voy a darte lecciones sobre su soledad  
porque solo fuiste a la cruz.  
No voy a pedirte que mires su pequeñez  
porque Tú, Señor, tomaste la condición del último, del esclavo.  
No voy a rogarte que veas su situación

porque a Ti se te conmuevan las entrañas ante quien sufre.  
Sólo quiero, Señor, hablarte de mí, de mi comunidad,  
de mi Iglesia, de mi mundo.  
De mí que soy tu hijo; de mi comunidad, que por Ti ha sido convocada;  
de mi Iglesia que es el grupo de tus seguidores;  
de mi mundo que es el tuyo.  
Haz, Señor, que llevemos escritos  
en las palmas de nuestras manos  
el nombre de todos los que sufren,  
de los empobrecidos, de los que han tenido que dejar su tierra.  
Que tengamos los oídos abiertos para escuchar sus angustias,  
sus lamentos, sus gritos.  
Ayúdanos a conocer sus vidas, sus sentimientos,  
sus culturas, sus creencias.  
A mirar con ternura sus retratos de familia y a contar, con ellos,  
el dinero que mandan a su tierra para mantener,  
de mala manera, a sus seres más queridos.  
No nos permitas huir, cuando son ellos los perseguidos;  
huir de impotencia, de desesperanza, de cansancio.  
No dejes que nos escapemos de su realidad.  
Que nunca, Señor, nos encerremos en nuestra tristeza  
porque la suya es mayor; está escrita en sus ojos,  
en sus manos, en todo su ser; llena toda su existencia.  
Nuestra soledad, Señor, que es verdad que muchas veces nos duele,  
es decidida por nosotros mismos, es respuesta;  
la suya es obligada, impuesta, al margen de su libertad.  
Haz que sepamos acompañarla, llenar un rato de tantas horas sin compañía.  
Ayúdanos a que su pequeñez sea altavoz de tus Bienaventuranzas,  
de tu Reino, de tus promesas; que en ella veamos escrito todo tu Evangelio,  
tu Buena Noticia que nos dice que tu reinado es de los últimos,  
los ignorados, los perseguidos.  
Y, por último, Señor, que no se endurezca nuestro corazón;  
que no se acostumbren nuestras entrañas al dolor de tus hijos.  
Tú que eres Padre-Madre haz que, en cada uno de ellos,  
sintamos que se nos rompe el corazón,  
que ahí estás Tú sufriendo.  
Y haz que sepamos encontrar, en medio de tanto dolor,  
una oportunidad para construir  
la Nueva Humanidad que es tu único proyecto  
para todos los hombres y mujeres de nuestro mundo.